

# **ECONOMÍA, POLÍTICA Y RACIONALIDAD**

*Disertación del Dr. Ricardo F. Crespo  
en sesión privada del Instituto de Ética y Política Económica  
el 15 de septiembre de 2009*



# ECONOMÍA, POLÍTICA Y RACIONALIDAD

Por el DR. RICARDO F. CRESPO<sup>1</sup>

Los tres términos del título del presente artículo nos remontan a la Antigua Grecia. Hubo un momento histórico y un lugar geográfico determinados en los que se dio (paradójicamente) el mágico hecho de que el hombre comenzó a usar la razón, el *logos*, para explicar la realidad<sup>2</sup>. Esto fue así, porque consideró que la misma realidad tenía un orden, un *logos*, que podía y valía la pena (no por utilidad, sino como respuesta a la admiración) empeñarse en descubrir. Alfred Whitehead en su *Introducción a las Matemáticas* destaca el “instinto casi infalible [de los griegos] para dar con las cosas en las que vale la pena reflexionar”<sup>3</sup>. Encontramos una alabanza similar de los filósofos griegos en Charles de Koinck: “ponderando las cosas más simples y buscando en éstas la base para todo lo que requiere una explicación, mostraron poseer

---

<sup>1</sup> IAE (Universidad Austral) y Conicet. E-mail: rcrespo@iae.edu.ar. Este trabajo ha sido expuesto en sesión del Instituto de Ética y Economía Política de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas el 5 de Septiembre de 2009. Agradezco los comentarios de Raúl Cuello, Manuel Solanet, Atilio Dell’Oro Maini, Paul Leclercq y Mario Teijeiro.

<sup>2</sup> Cfr., e.g., Will Durant, *The Story of Philosophy*, Garden City, New York, 1943, p. 6.

<sup>3</sup> *Introducción a las matemáticas*, Emecé, Buenos Aires, 1944, p. 136 (*An Introduction to Mathematics*, Home University Library, 1911, trad. Abel Ceci).

una verdadera sabiduría”<sup>4</sup>. Los filósofos presocráticos aplicaron el *logos* especialmente a aquella parte de la realidad –la *Physis*– que estaba fuera de sí mismos. Desde Sócrates en adelante, los filósofos buscaron también descubrir la racionalidad de la acción humana. Advirtieron que en el orden de los actos humanos libres, esa racionalidad no estaba necesariamente dada, pues también había mucho de irracional en el actuar humano, sino encomendada. Por tanto, esa racionalidad no era sólo descriptiva o explicativa de lo que pasaba, sino también normativa.

Dentro de las posibles clasificaciones de “racionalidad” aplicada al campo humano, en este trabajo distingo la racionalidad instrumental o técnica, que es el orden adecuado para adaptar medios a fines dados (que puede ser maximizadora o no), y la racionalidad práctica, que es la lógica de la elección de los fines de las acciones. Cuando hablo de racionalidad fáctica o de hecho me refiero a la que se dio de hecho en una acción y cuando hablo de racionalidad encomendada me refiero a la que se debería dar tanto en los medios como en los fines atento a los fines propios de la acción.

Tanto la política como la economía son actividades humanas<sup>5</sup>. Por ello, es de suponer que sus racionalidades deberían tener cierta compatibilidad o convergencia. Pero justamente debido al carácter libre de la acción, de hecho puede no producirse. Entonces, el hecho de que se trate de una racionalidad encomendada toma especial relevancia. Las racionalidades de la economía y la política han pasado en diversas etapas históricas por momentos de encuentro o desencuentro. Sin embargo, los encuentros no significan sin más que dichas racionalidades convergentes de hecho

---

<sup>4</sup> De Koninck, Charles, 1964. *The Hollow Universe*, Les Presses Universitaires Laval, Québec, p. 3.

<sup>5</sup> En este trabajo entiendo a la política como la ciencia de los modos de alcanzar la perfección humana en la sociedad, no como una estrategia para mantener el poder. Considero que el rasgo distintivo de la economía política (*political economy*) respecto a la economía (*economics*) es su vinculación con intereses valorativos.

hayan correspondido a la racionalidad encomendada, adecuada a la naturaleza y función del hombre.

En este trabajo me propongo mostrar que hubo un primer período de encuentro entre racionalidad económica y política, en que las racionalidades dadas y encomendadas tendieron a convergir. En un segundo período hubo una divergencia de racionalidades. Finalmente vuelve a haber una convergencia de racionalidades fácticas, pero no encomendadas o incorrectas. En la primera etapa predomina una forma de racionalidad adoptada para explicar los hechos humanos, la “racionalidad práctica”. En las dos siguientes predomina en cambio la “racionalidad instrumental” (concretamente una forma de ésta, la maximizadora, considerada como única forma de racionalidad de lo humano). En el primer período la economía estaba subordinada a la política, en el segundo la economía fue independiente y en el tercero, la economía es subordinante de la política. Concluiré sugiriendo que sería deseable una rehabilitación de la economía como ciencia moral y política (en un sentido que abarca tanto las nociones clásica de moral y política como el adoptado por las Academias que toman este nombre) y señalaré los motivos que lo hacen aconsejable.

Se debe aclarar que, como la mayoría de las periodizaciones, ésta también es imperfecta. Junto a las nuevas ideas, suelen subsistir las antiguas. En el ámbito de los hechos, las tensiones entre economía y política han sido constantes y ha predominado una u otra según la situación y circunstancias. Sin embargo, trataré de hacer notar hechos, autores u obras claves o paradigmáticos de las características principales de cada etapa.

El trabajo tendrá tres partes, correspondientes a las etapas de historia de las ideas mencionadas y una conclusión.

## I. La economía subordinada a la política

Si pasamos por alto las referencias sólo históricas o algo desordenadas de Jenofonte y Platón a lo económico, encontramos las primeras líneas sistemáticas escritas sobre esta realidad humana en las obras de Aristóteles. A pesar de ello, la mayoría de los historiadores de la economía desechan el aporte del Estagirita a su ciencia o lo consideran sumamente elemental, centrado en la administración de la casa, en el marco de una economía muy primitiva<sup>6</sup>. Sin embargo, al leer cuidadosamente los textos correspondientes, se pueden descubrir enseñanzas perennes acerca de la economía.

Ante todo, se debe señalar que el lugar para el tratamiento de este tema en la obra del Estagirita resulta sumamente sugestivo: el Libro I de la *Política* y el Libro V, sobre la Justicia, de la *Ética Nicomaquea*. De donde se infiere que el ámbito propio de la economía es el moral y político<sup>7</sup>. Aristóteles señala que el fin de la economía es el *eu zen*, la vida buena del hombre, cuyo ámbito es la

<sup>6</sup> Cf., e.g., Joseph A. Schumpeter, *Historia del Análisis económico*, Ariel, Barcelona, 1971, para quien no hay en él más que “un mediocre sentido común”, p. 99 (*History of Economic Analysis*, George Allen & Unwin, Londres, 1954, trad.: M. Sacristán). Charles Gide y Charles Rist comienzan su *Histoire des doctrines économiques* (Sirey, París, 1947) con los fisiócratas. William Letwin lo hace con Josiah Child (s. XVII) en *The Origins of Scientific Economics*, Doubleday, New York, 1964, y Overton Taylor en el Siglo XVIII (*A History of Economic Thought*, Mac Graw Hill, New York, 1960). Othmar Spann dice que Aristóteles fue muy poco importante en materia económica (*Historia de las doctrinas económicas*, Revista de Derecho Privado, Madrid, 1934, p. 13) y E. Whittaker lo pasa por alto (*History of Economic Thought*, Longmans, New York, 1940). Ernesto Screpanti y Stefano Zamagni, en *An Outline of the History of Economic Thought* (Oxford University Press, 1993), comienzan por la Edad Media. Sólo Eric Roll dice que “Aristóteles fue el primer economista analítico” (*Historia de las doctrinas económicas*, FCE, México, 3era. ed., 1958). También entre los historiadores esta opinión es generalizada: cf. e.g., Moses I. Finley, “Aristóteles y el análisis económico”, en *Estudios sobre historia antigua* (ed. *idem*), Akal, Madrid, 1981, pp. 37-64 (“Aristotle and Economic Analysis”, en *Studies in Ancient Society*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1974, trad.: R. López). Finley sostiene claramente que en Aristóteles no hay análisis económico: cf. pp. 49 y ss.

<sup>7</sup> Para un análisis más extenso de esta cuestión, cf. mi trabajo “‘The Economic’ According to Aristotle: Ethical, Political and Epistemological Implications”, *Foundations of Science*, 13, 2008, pp. 281-294.

*polis*. Por ello, está subordinada a la ciencia directiva de la comunidad civil, la política<sup>8</sup>. Son muchos los autores que señalan esta sumisión de lo económico a los criterios políticos aristotélicos<sup>9</sup>. Entre ellos, Karl Polanyi señala de modo enfático la inmersión social de la economía aristotélica<sup>10</sup>.

Aristóteles habla habitualmente de *oikonomiké* (económica), que es un adjetivo<sup>11</sup>. Para él, es en primera instancia la administración doméstica, el gobierno de la casa<sup>12</sup>. El Estagirita sostiene que hay una prioridad temporal de la casa respecto a la *polis*, de la que es parte<sup>13</sup>. Esa prioridad no es de naturaleza: esta última corresponde precisamente a la política. Ya al inicio de la *Ética Nicomaquea* había señalado la subordinación de la *económica* a la política<sup>14</sup>. Los capítulos 3 a 11 del libro I de la *Política* contienen su concepción de la *económica*. La casa griega se compone de personas y posesiones. Entre las primeras están el dueño de casa, su mujer y sus hijos. Entre las segundas, los esclavos —“posesiones

<sup>8</sup> Cf. *Política (Pol)* I, 8, 1256b 30-3 y I, 9, 1257b 40-1, 1258a 1. Traducción según la versión de Julián Marías y María Araujo, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1951.

<sup>9</sup> Cf., por ejemplo, Ernest Barker (en su comentario a la traducción de la *Política*, Clarendon Press, Oxford, 1952, lv), Amartya Sen, *On Ethics and Economics*, Basil Blackwell, Oxford, 1987, pp. 3-4 y 10, Peter Koslowski (ed.), *Economics and Philosophy*, JCB Mohr (Paul Siebeck), Tübinga, 1985, pp. 1 y ss. y *The Ethics of Capitalism*, Springer Verlag, Berlin-New York-Tokyo, 1996, pp. 22 y ss..

<sup>10</sup> Cf. Karl Polanyi, “Aristotle Discovers Economy”, en G. Dalton, *Primitive, Archaic and Modern Economics*, Boston, 1971, pp. 67 y ss..

<sup>11</sup> Para un análisis más detallado de las acepciones analógicas de este adjetivo, cf. mi trabajo “The Ontology of the ‘Economic’: an Aristotelian Analysis”, *Cambridge Journal of Economics*, 30/5, 2006, pp. 767-781.

<sup>12</sup> *Pol*, I, 3, 1253b 1-3.

<sup>13</sup> Cf. *Pol*, I, 2, 1253a 19-20 y I, 3, 1253b 1-3 y *Económicos*, I, 1343a 14-5. Sobre la legitimidad del uso de este libro, de autenticidad dudosa, cfr. mi trabajo “La concepción aristotélica de la economía”, en *Philosophia*, Mendoza, 1993-4, 1, pp. 9-83, especialmente las pp. 12-3. En ese trabajo se encontrará una exposición más detallada de las ideas de Aristóteles acerca de la economía.

<sup>14</sup> Cf. *Ética Nicomaquea (EN)* I, 1, 1094a 1-18. Para la traducción al castellano uso la edición bilingüe del Centro de Estudios Constitucionales (6a. ed.), Madrid, 1994 (trad. María Araujo y Julián Marías).

animadas”– y las riquezas. Estas partes dan origen a tres relaciones reguladas por la *económica*: “la heril [*despotike*, donde hay que incluir también la que llama crematística], la conyugal (...) y la procreadora”<sup>15</sup>; “el gobierno de los hijos, de la mujer y de toda la casa, que llamamos administración doméstica [*oikonomiken*]”<sup>16</sup>.

Sin embargo, hay otro sentido de la *económica* más dilatado. Ésta no es sólo administración de la casa, sino también de la *polis*. Pero en este ámbito la *económica* se ciñe, dentro de sus elementos antes mencionados, a su relación con las riquezas. Posee una parte por la que “tiene a mano, afirma Aristóteles, o se procura para tener a mano, los recursos almacenables necesarios para la vida y útiles para la comunidad civil [*koinonian poleos*] o doméstica”<sup>17</sup>. “Ambos, dice el Estagirita, [el administrador de la casa y el político] tienen que contar con recursos”<sup>18</sup>. Agrega: “el conocimiento de estas cosas [las gestiones económicas] es útil también para los políticos, pues muchas ciudades están tan necesitadas de recursos y de negociar para procurárselos como una casa o más todavía”<sup>19</sup>.

Supuesto lo anterior, nos preguntamos qué dice el Estagirita de esta parte de la *económica* que tiene relación con los medios y que abarcaría tanto el ámbito privado como el público. Es en el marco de la distinción entre *económica* y crematística donde quedan mejor aclarados los significados de uno y otro término. La *económica* es el uso de lo necesario para la vida y la vida buena en la casa y la ciudad, mientras que la crematística es la adquisición de esas cosas<sup>20</sup>, “ya que sin las cosas necesarias son imposibles

<sup>15</sup> *Pol*, I, 3, 1253b 9-10.

<sup>16</sup> *Pol*, III, 6, 1278b 37-8.

<sup>17</sup> *Pol*, I, 8, 1256b 12-4.

<sup>18</sup> *Pol*, I, 10, 1258a 19-21.

<sup>19</sup> *Pol*, I, 11, 1259 a 33-6.

<sup>20</sup> Cf. *Pol*, I, 8, 1256a 11-12.



la vida y el bienestar [*eu zen*]<sup>21</sup>. La *económica* sólo puede estar orientada al bien: no es *económica* si no es moral. En cambio, la crematística tanto puede ser parte de la *económica* –una crematística limitada–, como puede buscar como fin las mismas riquezas de modo ilimitado, sin referencia alguna a la vida buena. La primera es “aquella en virtud de la cual la economía tiene a mano, o se procura para tener a mano, según citaba antes, los recursos almacenables necesarios para la vida y útiles para la comunidad civil o doméstica”<sup>22</sup> y la segunda aquella “para la cual no parece haber límite alguno de la riqueza y la propiedad”<sup>23</sup>. De lo dicho surge que la *económica* está comprendida en el campo de la *prâxis* aristotélica, mientras que la crematística en el de la *poiesis*. Consecuentemente, el hábito de los actos propios de la *económica*, es una virtud<sup>24</sup>, mientras que el de la crematística una *techne*<sup>25</sup>; a su vez, el saber acerca de la *económica* es ciencia práctica<sup>26</sup>, y el de la crematística, en cambio, poiética.

La *techne*, dice Aristóteles, tiene un número limitado de instrumentos o medios<sup>27</sup>; en cambio, es ilimitada respecto a su fin: “se proponen conseguirlo en el más alto grado posible”<sup>28</sup>. Cuando el fin, en vez de ser la vida buena de la persona y de la *polis*, es el dinero y los recursos, el arte crematístico se independiza de la

<sup>21</sup> *Pol*, I, 4, 1253b 24-25. La traducción de *eu zen* por bienestar es claramente defectuosa.

<sup>22</sup> *Pol*, I, 8, 1256b 27-30.

<sup>23</sup> *Pol*, I, 9, 1257a 1.

<sup>24</sup> Aristóteles habla de la prudencia económica en la *EN*, VI, 8, 1141b 31. Allí tiene el sentido de virtud de la prudencia –“disposición racional verdadera y práctica respecto de lo que es bueno para el hombre” (*EN*, VI, 5, 1140b 20-21)– aplicada al ámbito doméstico.

<sup>25</sup> Así lo ven Ernest Barker (op. cit., p. 18, nota E) y W. L. Newman (*The Politics of Aristotle*, Clarendon Press, Oxford, 1951, T. I, p. 126 nt. 3).

<sup>26</sup> Son de esta opinión el mismo Newman (op. cit., p. 133), Carlo Natali (“Aristotele e l’origine della filosofia pratica, en *Filosofia pratica e Scienza Politica*, a cura di Claudio Pacchiani, Francisci ed., Padova, 1980, pp. 115 y ss.) y Peter Koslowski (op. cit., pp. 1-3).

<sup>27</sup> Cf. *Pol* I, 8, 1256b 34-7.

<sup>28</sup> *Pol* I, 9, 1257b 26-7.

*económica* y se convierte en “censurado”<sup>29</sup>. La crematística subordinada es natural, limitada y necesaria<sup>30</sup>. La censurada, en cambio, es fruto de cierta experiencia y técnica, ilimitada e innecesaria.<sup>31</sup> La primera persigue su fin a través de los recursos o riquezas mientras que la segunda, sólo busca el aumento de esos instrumentos<sup>32</sup>. Como ambas usan el mismo medio (el dinero), advierte Aristóteles, es muy fácil confundirse y transformar ese medio en fin. La búsqueda de lo necesario, un criterio de necesidad, queda superado por un criterio de maximización, que será típico de la economía neoclásica. Sin embargo, sigue el Filósofo, los bienes externos tienen un límite, como todo instrumento, y “todas las cosas son de tal índole que su exceso perjudica necesariamente”<sup>33</sup>.

¿Cuál es la causa de esta confusión? La ilimitación [*apeiron*] del apetito en la búsqueda de los medios, responde el Estagirita<sup>34</sup>. La insubordinación de la crematística respecto a la *económica* responde a la del apetito respecto a la razón. Los que no buscan vivir bien, sino sólo vivir, se dejan guiar por el deseo de los placeres corporales, que parecen depender de la posesión de bienes, y se dedican por completo a los negocios<sup>35</sup>. “La causa de esta actitud, dice en la *Política*, es el afán de vivir, no de vivir bien, pues siendo este apetito ilimitado, apetecen medios también ilimitados”<sup>36</sup>. Es la situación del hombre que ha emprendido la *vida de negocios*, a la que se refiere en la *Ética Nicomaquea*<sup>37</sup>. Se confunde la búsqueda

<sup>29</sup> *Ídem*, I, 10, 1258b 1.

<sup>30</sup> Es natural en un doble sentido: en cuanto que se surte de productos naturales, y en cuanto que su naturaleza consiste en la adquisición de lo necesario.

<sup>31</sup> Cf. *Pol I*, 9, 1257a 4-5.

<sup>32</sup> Cf. *Id.*, 1257 b 36-8.

<sup>33</sup> *Pol IV*, 1, 1323b 7-10.

<sup>34</sup> *Pol I*, 9, 1258a 2 y ss.

<sup>35</sup> Cf. *Pol*, I, 9, *in fine*.

<sup>36</sup> *Pol*, I, 9, 1257b 40-1 a 1258a 1.

<sup>37</sup> Cf. *EN I*, 5, 1096a 5-6.

de la mayor felicidad, con la de las mayores riquezas. Esto conduce, como señala Polanyi, a una escisión entre un principio de uso (el económico en sentido clásico) y uno de ganancia (económico en sentido moderno y crematístico en sentido clásico), que ocasiona un divorcio entre los móviles económicos y los fines sociales<sup>38</sup>. “Aristóteles”, afirma Polanyi, “intuyó en el germen el espécimen completamente desarrollado”<sup>39</sup>. Agrega: “la famosa distinción, que [Aristóteles] observa en el capítulo introductorio de *La Política* entre la economía propiamente dicha y la adquisición de dinero o crematística es probablemente la indicación más profética que se haya hecho nunca en el campo de las ciencias sociales”<sup>40</sup>. En realidad, Aristóteles tenía motivos para esta intuición, pues fue lo que pudo observar en su época. En efecto, después de la guerra del Peloponeso sobrevino una crisis política y económica en Grecia en la que pudo ver a la crematística censurada en acción. Sin esa experiencia no pudo haber hecho la siguiente afirmación en la *Política*: “Así ha surgido la segunda forma de crematística porque al perseguir el placer excesivo procuran también lo que pueda proporcionar ese placer y si no pueden procurárselo por medio de la crematística, es decir por medio del dinero, lo intentan por otro medio usando todas sus facultades de un modo antinatural; lo propio de la valentía no es producir dinero sino confianza ni tampoco es lo propio de la estrategia ni de la medicina cuyos fines respectivos son la victoria y la salud. No obstante algunos convierten en crematística todas las facultades como si el producir dinero fuera el fin de todas ellas y todo tuviera que encaminarse a ese fin”<sup>41</sup>. Es decir, a pesar de que lo propio de la medicina es la salud, la medicina se convierte también en una forma de crematística; a pesar de

<sup>38</sup> Cf. Polanyi, *La Grande Transformation*, Gallimard, Paris, 1983 (*The Great Transformation*, New York, 1944, trad. C. Malamoud, M. Angeno), p. 85.

<sup>39</sup> Polanyi, *op. cit.*, “Aristotle discovers...”, 1971, pp. 67-8.

<sup>40</sup> Polanyi, *op. cit.*, *La Grande...*, 1983, p. 84.

<sup>41</sup> *Pol I*, 9, 1258a 6-14.

que lo propio de la estrategia sea la victoria, también la guerra se convierte en un instrumento. Es decir, todo se tiñe de la intención de “producir dinero”.

Como en otros campos, la perspectiva del Estagirita ha perdurado muchos siglos. Durante toda la Edad Media, las escasas referencias a lo económico, acuden con frecuencia a estos textos de Aristóteles. En cualquier caso, la economía sigue estando subordinada a la política. Ya entrada la Edad Moderna, Adam Smith, considerado el fundador de la economía, la trata como ciencia práctica: “una rama de la ciencia del político o del legislador”<sup>42</sup>. Como ha resaltado Jeffrey Young, para Adam Smith, el mercado actúa en una arena social en la que el conocimiento de los sentimientos compasivos del espectador imparcial es un factor operativo para la comprensión de la actividad del mercado, de los precios y de la distribución<sup>43</sup>. El papel del espectador imparcial en sociedades y mercados impersonales es ser “un vínculo de unión y amistad”<sup>44</sup>. “Riqueza y virtud son compatibles en Smith” en el marco de un “modelo benevolente” y de una “secuencia virtuosa”<sup>45</sup>.

Incluso, cuando ya tiempo antes la economía comenzó a delimitar más claramente su ámbito, recibió el nombre de “economía política”, lo que denota la esencial inmersión de lo económico en el ámbito de lo político, tal como fue concebida en aquellos comienzos. Según afirman los historiadores, quien primero usó el término “economía política” fue el francés Antoine de Montchrétien, en su *Traité de l'Économie Politique* de 1615. De allí en más y hasta el siglo XIX, la economía política fue la disciplina que estudiaba la economía de una nación, formando parte aún de ese

---

<sup>42</sup> *An Inquiry Into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, Encyclopaedia Britannica Inc., 1952, p. 182 (Book 4, Introduction).

<sup>43</sup> Jeffrey T. Young, *Economics as a Moral Science. The Political Economy of Adam Smith*, Elgar, Cheltenham, 1997, p. 56.

<sup>44</sup> *Ídem*, p. 61.

<sup>45</sup> *Ídem*, pp. 157, 69, 76 y 184.

conjunto más amplio de ciencias de la sociedad y el gobierno antesoras de las modernas ciencias sociales y políticas. Éste fue, en efecto, el sentido habitual de la “economía política” en la mayoría de los economistas clásicos ingleses. En esta etapa, entonces, las racionalidades política y económica convergen y se adecuan a la racionalidad encomendada. Se verifica una predominancia de la racionalidad práctica sobre la racionalidad técnica: mandan los fines sobre los medios. Sin embargo, ya se estaba gestando desde hacía mucho tiempo un proceso más profundo que terminaría por llegar a la economía. Es materia de la próxima sección.

## II. La emancipación de la economía

Con la expresión “un proceso más profundo”, me refiero a la reducción de la razón práctica o moral a razón técnica operada a partir del siglo XVII. Para David Hume la razón no puede ser razón práctica sino sólo técnica. La virtud y el vicio son objetos del sentimiento (*feeling*), no de la razón. Según él, la razón no puede producir acción alguna. Es la pasión la que mueve a actuar. Por tanto: “La razón es y sólo debe ser la esclava de las pasiones, y no puede pretender otro oficio que el de servir las y obedecerlas”<sup>46</sup>. La pasión determina los fines y la actividad racional consiste en acomodar los medios a esos fines; es decir, la razón es sólo razón instrumental.

La tradición inglesa registra antecedentes previos a Hume en este sentido. Thomas Hobbes considera que la voluntad sigue a las pasiones y éstas a la imaginación. La razón tiene un cometido discursivo casi-mecánico, hilar palabras: “En resumen, en todo asunto en que haya lugar para la suma o la resta también lo hay

---

<sup>46</sup> David Hume, *A Treatise of Human Nature*, ed. L. A. Selby-Bigge, Oxford University Press (reprinted), [1888] 1968, p. 415 (II, iii, 3).

para la razón; y donde no tienen lugar, la razón no tiene nada que hacer en absoluto”<sup>47</sup>. La razón no es innata como los sentidos o la memoria, sino fruto de la experiencia y el trabajo. La ciencia es sólo conocimiento de las consecuencias (I, 5, 17 y I, 7, 3). El conocimiento de los hechos es propio de los sentidos y la memoria. En resumen, no hay más lugar para la razón que su uso discursivo. Igual de claro es Francis Hutcheson (1694-1746), antecesor más cercano a Hume. Para él, los fines de nuestros actos nacen de una serie de inclinaciones. La razón sólo interviene luego; es la “sagacidad” para seguir un fin<sup>48</sup>. Dice Hutcheson: “Todo aquello que es deseable en última instancia o bien es propuesto por algún sentido inmediato, o por algún instinto o impulso natural, anterior a todo razonamiento. Es tarea de la razón hallar los medios para obtener lo que deseamos (...) Esta facultad (el intelecto) juzga acerca de los medios o fines subordinados: pero acerca de los fines últimos no hay razonamiento, pues ninguna opinión o juicio puede mover a la acción, allí donde no hay un deseo anterior de algún fin”<sup>49</sup>.

Para Adam Smith, amigo de Hume, la razón interviene en la inducción de las reglas morales pero el contenido del bien o el mal se conocen por un sentimiento moral. Escribe Smith: “La razón sólo puede mostrar que este objeto es el medio para obtener algo que es naturalmente placentero o desagradable”, pero “si la virtud, pues, es deseable por sí misma, y si, del mismo modo, el vicio es objeto de aversión, no puede ser la razón la que originalmente distinga esas diferentes cualidades, sino el sentido inmediato y el

<sup>47</sup> Thomas Hobbes, *Leviathan*, Oxford University Press, Oxford-Nueva York, [1651] 1996, p. 28 (I, 5, 2).

<sup>48</sup> De *Inquiry*, II, III, XV, citado por Margarita Mauri, *El conocimiento moral*, Rialp, Madrid, 2005, p. 28.

<sup>49</sup> De *A Short Introduction to Moral Philosophy* (1747) y *The System of Moral Philosophy* (1755), citados por Ana Marta González, *El faktum de la razón*, Cuadernos de Anuario Filosófico n. 75, Universidad de Navarra, Pamplona, 1999, pp. 20-1.

sentimiento”<sup>50</sup>. Es decir, a pesar de que en Smith la economía siga siendo parte de la política, se trata de una política cuyos fines ya no son entendidos por una razón práctica.

El primer economista en sostener claramente la necesidad de separación entre la economía y lo político fue Nassau William Senior, primer profesor de Economía Política de Oxford, desde 1825. Según Senior, “la ciencia es una cuestión de hechos existentes, el arte lo es de medios por los que se pueden producir o influenciar hechos futuros. La ciencia trata con premisas, el arte con conclusiones. La ciencia sólo busca ofrecer materiales para la memoria o el juicio. No hay otro propósito en la misma más allá de la adquisición de conocimiento. Un arte procura influenciar la voluntad: presupone un cierto objeto a alcanzar y apunta a la conducta más sencilla, segura y efectiva para lograrlo”<sup>51</sup>. Para Senior no puede existir una ciencia práctica: “sus conclusiones, dice, por más generales y verdaderas que sean, no la autorizan a agregar ni una sílaba de recomendaciones”<sup>52</sup>. Sin embargo, sostiene Senior, este último ha sido el error en que ha caído la ciencia de la economía política: ha invadido el arte del gobierno, del que sólo es una ciencia subordinada, se ha interesado por la felicidad, no por la riqueza<sup>53</sup>. “Siempre que da un precepto, afirma, siempre que recomienda al lector hacer o abstenerse de hacer algo, se desliza de la ciencia al arte, generalmente al arte de la moralidad, o del gobierno”<sup>54</sup>. La ocupación del economista político no es ni recomendar ni disuadir, sino establecer principios generales<sup>55</sup>. Senior pronuncia en 1860 su conferencia

---

<sup>50</sup> Adam Smith, *The Theory of Moral Sentiments*, Glasgow Edition, Liberty Fund, Indianapolis, 1984, VII, III, II, 7 y 8, p. 320.

<sup>51</sup> Nassau Senior, “Statistical Science”, Presidential Address to the Section F of the British Association for the Advancement of Science, 1860, ed. en R. L. Smyth (ed.), *Essays in Economic Method*, G. Duckworth, Londres, 1962., p. 19.

<sup>52</sup> *An Outline of the Science of Political Economy*, Allen & Unwin, London, [1836-1872] 1938, p. 3.

<sup>53</sup> Cf. ídem, pp. 1-5.

<sup>54</sup> Op. cit., [1860] 1962, p. 21.

<sup>55</sup> Op. cit., [1836-1872] 1938, p. 3.

presidencial de la Sección F (“Ciencia Económica y Estadística”) de la *British Association for the Advancement of Science*. Como explica Terence W. Hutchison, “la Sección F tenía que confirmar su respetabilidad científica, y sus merecimientos para formar parte de las materias establecidas como ciencias naturales”<sup>56</sup>. Hutchison dice que Senior “brindó una breve reformulación de su visión ultra-estrecha de la “Ciencia Económica” y de las funciones del economista, según las cuales su materia quedaba confinada dentro de los límites de la ciencia estrictamente “positiva”, con un estrecho objeto de estudio económico [la riqueza]”<sup>57</sup>. Es decir, presionada por la ciencia natural, y siguiendo la tendencia de la reducción de la razón práctica a razón técnica, la economía no es más ciencia práctica y, de este modo, se desvincula de la política y deja de lado características humanas esenciales presentes en el campo económico. Esta escisión de ambas disciplinas y la pérdida del carácter práctico de la economía se consolida en las obras de John Stuart Mill y John E. Cairnes (1823-1875). La economía política, para Cairnes, sólo es explicativa o expositiva de las leyes de los fenómenos relacionados con la riqueza, y es neutra respecto a los sistemas políticos y sus fines: aporta sólo herramientas para valorar dichos sistemas y fines desde un punto de vista limitado<sup>58</sup>.

Con Cairnes estamos en los albores de la revolución marginalista en economía y de la teoría económica neoclásica. Al llegar esta última, ya se ha configurado un tipo de razonamiento económico que corresponde a este modelo. En 1875, el hoy casi olvidado economista H. D. MacLeod, sugirió bautizar la economía con el nombre de *economics*, que proviene de la traducción del término

<sup>56</sup> Hutchison, Terence W., “Introduction,” en R. L. Smyth (ed.) *Essays in Economic Method*, Gerald Duckworth & Co. Ltd., London, 1962, pp. 9-18, p. 9.

<sup>57</sup> *Ídem*, p. 13.

<sup>58</sup> Cf. John E. Cairnes, *Le caractère et méthode logique de l'économie politique*, Giard et Briere, Paris (*The Character and Logical Method of Political Economy*), [1875] 1912, pp. 29 y 31-32.



griego, *oikonomiké*<sup>59</sup>. Los economistas neoclásicos Stanley W. Jevons y Alfred Marshall consolidaron su uso. Los principales motivos de este cambio fueron imitar los métodos exactos y precisos de la Física (*Physics*) y dejar clara la neutralidad valorativa de la ciencia económica. *Economics*, este nuevo nombre de la ciencia económica, es un término que queda ligado al nacimiento de la teoría neoclásica. Así llegamos a una ciencia económica emancipada de la política que mira como ideal de método y exactitud a las ciencias naturales y que se ocupa sólo de la asignación de medios a fines dados. Considera que sobre los fines lo único que los hombres pueden hacer, al decir de Milton Friedman, es pelear<sup>60</sup>. No obstante, sigue siendo la ciencia de lo económico: el ámbito de lo material, de la riqueza, del intercambio. La economía es aún la ciencia que estudia el conjunto de las decisiones y acciones dirigidas a la satisfacción de las necesidades humanas mediadas por medios materiales.<sup>61</sup> Es decir, es independiente, pero se ocupa sólo de su campo. Se ha de dar un paso más para llegar a las pretensiones “imperialistas” de una economía dominante. En esta segunda etapa, entonces, se produce una divergencia e independencia entre la racionalidad política, que continúa siendo al menos parcialmente práctica, y la racionalidad económica que es más claramente técnica. La primera continúa respondiendo a la racionalidad encomendada en cuanto a fines y medios, mientras que la segunda se independiza de la racionalidad encomendada a los fines naturales de la economía humana.

---

<sup>59</sup> Cf. R. D. Collison Black “The Present Position and Prospects of Political Economy”, en A. W. Coats (ed.), *Methodological Controversy in Economics*, JAI Press, Greenwich y Londres, 1983, pp. 55-70; cf. p. 56.

<sup>60</sup> Milton Friedman, “The Methodology of Positive Economics”, en *Essays in Positive Economics*, The University of Chicago Press, Chicago y Londres, 1953, p. 5.

<sup>61</sup> Medios materiales en un sentido amplio que incluye medios monetarios. Cf., por ejemplo, Maurice Godelier, *Racionalidad e irracionalidad en economía*, Siglo veintiuno editores: México (*Rationalité et irrationalité en économie*, Francois Maspero: Paris, 1966, trad. por Nicole Blanc), 1974: 23.

### III. La economía dominante

Como subraya Sir Ernest Phelps Brown en su discurso Presidencial a la *Royal Economic Society* (Gran Bretaña), el problema de la concepción de la economía concentrada en su campo es doble: debe analizar comportamientos tanto racionales como irracionales, y se ocupa tanto de la asignación de los medios como de la valoración de los fines o preferencias elegidas<sup>62</sup>. Todas las realidades que caen bajo la rúbrica ordinaria de “económicas”, sin importar que sean racionales o no, inestables, impredecibles, inciertas, relacionadas con los medios o con los fines, con hechos o con valores, deberían considerarse como parte de la ciencia económica, adoptando en consecuencia una noción de ciencia diversa de la de ciencia positiva. Para acercarse a esta última, la ciencia económica precisa crear un objeto determinado, objetivo, preferiblemente observable porque la ciencia positiva es un estudio exacto acerca de este tipo de objetos. Requiere evitar el subjetivismo, la introspección, los juicios de valor, y aunque cambiante, necesita fijar el sujeto en un punto determinado. Es decir, la ciencia económica, siendo tensionada por las condiciones propias de las ciencias naturales, tiene que modificar su objeto de estudio para ajustarse a esta visión científica particular.

La clave para “encajar” la acción humana en un marco exacto es considerar los fines (llamados “preferencias” por los economistas) como dados. La estabilidad y el carácter exógeno de las preferencias preparan el terreno para edificar un objeto científico determinado. Carl Menger, Fundador de la Escuela Austríaca de Economía, titula “El punto de partida y el fin de toda la economía humana están estrictamente determinados” al Apéndice VI de sus *Investigaciones acerca del método*. Allí afirma que “la economía no es más que el camino que transitamos desde el punto de partida

---

<sup>62</sup> Phelps Brown, Ernest Henry (1972). “The Underdevelopment of Economics,” *The Economic Journal*, 82, 325, 1972, pp. 1-10; cf. p. 7.

de la actividad humana previamente indicado hasta su fin también previamente indicado”<sup>63</sup>. Estrictamente hablando se trata de un camino técnico que permite formular leyes exactas, cuya “naturaleza formal no difiere de las leyes de otras ciencias exactas y particularmente de las ciencias exactas naturales”<sup>64</sup>. Como más adelante sostiene Lionel Robbins, “a la economía no le interesa en modo alguno ningún fin *como tal*. Se ocupa de los fines en la medida en que afectan la disposición de medios, los toma como proyectados en una escala de valoraciones relativas e investiga qué consecuencias se producen respecto de ciertos aspectos de la conducta”<sup>65</sup>. La economía entonces se desprende del problema de la determinación de los fines. Éstos se hallan en una “caja negra”.

Es cuando aparece una nueva definición de economía que, aunque se transformará en la predominante, aún convive con la antigua. Como ha señalado Ronald Coase hay dos tipos de definiciones de ciencia económica<sup>66</sup>. Las primeras son las definiciones que enfatizan el estudio de ciertos tipos de actividades humanas. Las segundas hacen de la ciencia económica el estudio de una cierta perspectiva de todas las elecciones humanas. Phelps Brown agrega a las definiciones de economía “determinadas por el campo” las “determinadas por la disciplina”<sup>67</sup>. El ejemplo paradigmático de esta última es la formulada por Robbins, que se ha transformado en canónica: “La economía es la ciencia que estudia

---

<sup>63</sup> Carl Menger, *Investigations into the Method of the Social Sciences With Special Reference to Economics*, New York University Press, New York y London, 1965 (Untersuchungen über die Methode der Socialwissenschaften und der Politischen Oekonomie insbesondere, Ducker & Humblot, Leipzig, 1883), p. 217.

<sup>64</sup> *Ídem*, pp. 218-219.

<sup>65</sup> Lionel Robbins, *An Essay on the Nature and Significance of Economic Science*, Londres, MacMillan, 1935, Third Edition (1984). *Ensayo sobre la naturaleza y significación de la ciencia económica*, FCE, México-Buenos Aires, trad. de Daniel Cosío Villegas, 1955; cf. [1935] 1984, p. 30 y 1951, p. 55.

<sup>66</sup> Ronald H. Coase, “Economics and Contiguous Disciplines”, *The Journal of Legal Studies*, 7/2, 1978, pp. 201-11, p. 207.

<sup>67</sup> *Op. Cit.*, p. 7.

la conducta humana como una relación entre fines y medios limitados que tienen diversa aplicación”<sup>68</sup>. Es decir, la economía es la ciencia de una visión particular de la elección supuestamente humana. De este modo, la ciencia económica se transforma en una ciencia “determinada por la disciplina”. Es “determinada por la disciplina” porque su objeto de estudio ya no es un campo relacionado con las necesidades humanas materiales, con la producción y la distribución. Pasa a ser la elección, cualquier elección, en cuanto requiere una adaptación de medios a fines dados, un aspecto, punto de vista o perspectiva de aproximación a cualquier acción humana. Así toma un lugar primordial entre el resto de las ciencias sociales. Resultan proféticas las agudas reflexiones de Robert Scoon, ya en 1943, acerca de la definición de Robbins: “Sostengo que si se definiera la ciencia económica de este modo, incluiría lo político, lo militar, lo legal, lo médico y todo lo moral apoyado en bases utilitaristas; y entonces desaparecería la utilidad de la definición en cuanto a distinguir la ciencia económica de otras disciplinas. Elegir no es una actividad específicamente económica, y la introducción de la escasez no altera la situación”<sup>69</sup>. La visión de Scoon, partidario de una economía definida por el campo, coincide con la del mismo padre de la economía, Adam Smith, y la del gran maestro de generaciones de economistas, Alfred Marshall. Marshall señalaba en sus *Principios de Economía*: “La Economía política o economía es el estudio de las actividades del hombre en los actos corrientes de la vida; examina aquella parte de la acción individual y social que está más íntimamente relacionada con la consecución y uso de los requisitos materiales del bienestar. [Los economistas] consideran al hombre tal como es, no como un ente económico abstracto, sino como un ser de carne y hueso...influido en gran manera por móviles egoístas en su vida comercial...pero

<sup>68</sup> *Ídem*, [1935] 1984, p. 16; 1955, p. 39.

<sup>69</sup> Robert Scoon, “Professor Robbins’ Definition of Economics”, *Journal of Political Economy*, 51/4, 1943, pp. 310-320; cf. p. 311.

que si obra a veces por vanidad y por cálculo, también siente a menudo la satisfacción de cumplir bien su cometido<sup>70</sup>.

En cambio, con la línea conceptual iniciada en Robbins la economía se constituye en la lógica propia de toda realidad social. Este enfoque reductivista se asemeja a la descripción que hiciera Eric Voegelin de la perduración contemporánea del gnosticismo: “El cientifi[ci]smo ha permanecido hasta hoy como uno de los movimientos gnósticos más pujantes dentro de la sociedad occidental y el orgullo inmanentista de la ciencia es tan fuerte que incluso las ciencias especializadas nos han dejado cada una un sedimento específico en sus diversas versiones de la salvación por medio de la Física, la Economía, la Sociología, la Biología y la Psicología”<sup>71</sup>. La expresión que han acuñado los economistas para designar este supuesto poder explicativo de toda acción humana es “imperialismo económico”. El primero en usarla fue el economista institucionalista Kenneth Boulding, quien afirma: “Ciertamente, la teoría económica de la democracia, tal como ha sido desarrollada por Anthony Downs y otros, es muy buen ejemplo de lo que algunas veces he llamado “imperialismo económico”, que es un intento, por parte de la economía, de invadir el resto de las ciencias sociales”<sup>72</sup>.

No se piense, sin embargo, que la denominación “imperialismo”, que puede sonar despectiva, moleste a los economistas. Al contrario, la mayoría están convencidos de que su ciencia es la lógica universal de las ciencias sociales. Este programa de investigación tiene su mayor desarrollo en la Universidad de Chicago, pero se ha expandido a los restantes círculos académicos.

---

<sup>70</sup> Marshall, Alfred, 1948. *Principios de economía*, Aguilar, Madrid, trad.: Emilio de Figueroa, p. 24.

<sup>71</sup> *Nueva Ciencia de la Política*, Rialp, Madrid, 1968, p. 199. (*The New Science of Politics: an Introduction*, The University of Chicago Press, Chicago, 1952). La traducción que consta en el texto es ‘cientifismo’.

<sup>72</sup> “Economics as a Moral Science”, *American Economic Review*, LIX/1, 1969, pp. 1-12; cf. p. 8.

El economista Jack Hirshleifer afirma: “Existe una sola ciencia social. Lo que brinda a la economía su poder imperialista invasor es que nuestras categorías analíticas –escasez, costo, preferencias, oportunidades, etc.– son verdaderamente universales en su aplicabilidad. (...) Por eso la economía constituye realmente la gramática universal de las ciencias sociales”<sup>73</sup>. Hirshleifer no hace más que definir la tarea concreta que han encarado premios Nobel de economía como James Buchanan y Gary Becker, y otros tantos economistas prestigiosos como Gordon Tullock, Robert Tollison y Richard Posner.

¿Cuáles son los rasgos y herramientas de esta gramática universal? La concepción del hombre como auto-interesado y provisto de racionalidad económica (racionalidad instrumental maximizadora)<sup>74</sup>. Ante la realidad de conductas que no obedecen a estos patrones, los economistas han adoptado dos respuestas alternativas. La primera es la demostración de la reductibilidad de todo fin al auto-interés y de toda racionalidad a la racionalidad instrumental. A su vez, los economistas identifican racionalidad instrumental con un tipo de ésta, la maximizadora. Es el camino seguido, por ejemplo, por Ludwig von Mises. Cuando Max Weber propone cuatro formas de racionalidad, una sola de las cuales es la instrumental –la racionalidad de acuerdo a fines–<sup>75</sup>, von Mises reacciona afirmando que esto es un error, y que las otras tres formas de racionalidad –de acuerdo a valores, afectiva y tradicional– son reducibles a la instrumental<sup>76</sup>. Por otra parte, además, sostiene que toda racionalidad es maximizadora, ya que todas las personas siempre prefieren y actúan según la situación mejor. Esta

<sup>73</sup> “The Expanding Domain of Economics”, *American Economic Review*, LXXV, 1985, pp. 53-68

<sup>74</sup> “La racionalidad es un concepto *instrumental*”, afirma Hirshleifer, op.cit., p. 59 (cursivas en el original).

<sup>75</sup> Max Weber, *Economy and Society*, editado por G. Roth y C. Wittich, University of California Press, Berkeley y Los Angeles, 1978.

<sup>76</sup> Ludwig von Mises, *Epistemological Problems of Economics*, D. van Nostrand, Princeton (*Grundprobleme der Nationalökonomie*, Gustav Fisher, Jena, 1933), 1960, p. 82.

es la postura que posibilita de mejor modo la consideración de la economía con su lógica instrumental maximizadora como lógica universal. Pero es fácilmente criticable puesto que se apoya y no expresa más que una tautología: todo acto intencional es intencional. Por otra parte, los términos economía y maximización adquieren así un significado diverso –más amplio– que el que tienen en el lenguaje ordinario. De este modo la economía no haría más que reemplazar a la antropología filosófica con el costo de dejar de ser economía y la maximización por la racionalidad con el costo de dejar de ser verdadera maximización.

El segundo camino ha sido reconocer que hay fines que no son económicos y un tipo de racionalidad que tampoco es la económica. Sin embargo, afirman, aunque con sus limitaciones, la lógica económica restringida explica la mayor parte del comportamiento humano. Es el viejo argumento de John Stuart Mill que da origen al *homo oeconomicus*. Pero el mismo Mill señala, con mucha sensatez, que esta lógica es sólo un instrumento analítico para detectar unas causas y que de ningún modo puede aplicarse a la realidad sin reinsertar las perturbaciones reales de esas causas que fueron dejadas de lado por la ciencia abstracta<sup>77</sup>. Es decir, en la segunda etapa, aunque se adopta la racionalidad instrumental y se tiende a la idea de maximización, por una parte se aplica sólo al campo económico y, por otra, se reconoce que hay otras formas de racionalidad que hay que tener en cuenta a la hora de la aplicación concreta (Mill). En la tercera etapa, se da un paso más. Se considera que toda racionalidad humana es instrumental y que toda racionalidad instrumental maximiza. Por eso se aplica a toda realidad humana.

El programa “aislacionista” de Mill puede ser inicialmente exitoso. Pero luego aparecen conductas como la benevolencia, el

---

<sup>77</sup> Cf. John Stuart Mill, *Essays on Some Unsettled Questions of Political Economy*, 5th Essay, “On the Definition of Political Economy; and on the Method of Investigation Proper to it”, A. M. Kelley, Clifton, [1844] 1974.

amor, la cooperación, el voluntariado, el regalo, el hábito, el gusto, como motivos de acciones económicas. ¿Cuál es la solución? La más rápida es reducir esos factores al auto-interés como se hacía directamente en la primera respuesta: por medio de la auto-satisfacción, del signo de status, del deseo de una retribución futura. A su vez, por medio de los hábitos, las rutinas, o la *racionalización* como concepto psicológico, reducimos los comportamientos aparentemente irracionales a la racionalidad económica. Pero aún puede quedar un saldo de bondad desinteresada o de irracionalidad. Abandonar este saldo, dice Hirshleifer, sería una “evasión del desafío de la ciencia.”<sup>78</sup> Por eso debe seguir trabajando para completar los modelos. Éstos pueden servir además para explicar otras actividades en las que incide el –también en expresión de Hirshleifer– “carácter contagioso de la benevolencia.”<sup>79</sup>

La concepción subyacente del hombre y de su comportamiento en muchos de estos autores es materialista, un determinismo conductista o biológico. De hecho la llamada *bionomics* ha tenido un fabuloso desarrollo en los últimos 15 años, especialmente en la corriente llamada *Evolutionary Economics*. Esta postura abandona la visión típicamente auto-interesada de los viejos economistas. En esta “nueva y animante visión de la naturaleza humana” (“Evo-economics”, *The Economist*, primer número de 1994), se sostiene tanto a nivel biológico como económico una nueva teoría del comportamiento: el *tit-for-tat*, o reciprocidad altruista, como conducta genética. Los individuos dejan de ser egoístas y se transforman en buscadores oportunistas de cooperación. Es decir, se ha cambiado el criterio optimizador por otro adaptativo. Pongamos un ejemplo del modo en que razona esta alianza economía-biología. Dicen John Tooby y Leda Cosmides: “la mano invisible de la selección natural creó la estructura de la mente humana [“una computadora compleja, un sistema que toma la información sensorial como

---

<sup>78</sup> Hirshleifer, op. cit., p. 59.

<sup>79</sup> *Ídem*, p. 57.



*input*, la transforma de varios modos, la almacena, analiza, integra y le aplica normas de decisión, y luego traduce el output de esas normas en las contracciones musculares que denominamos ‘comportamiento’], y la interacción de dichas mentes es lo que genera la mano invisible de la economía”<sup>80</sup>. Hirshleifer concluye afirmando que, “siguiendo sus respectivos destinos imperialistas, la economía y la sociobiología han llegado por caminos diversos al patrón maestro de la teoría social en el que han encajado hasta cierto punto y terminarán finalmente encajando completamente todos los fenómenos estudiados por las diversas ciencias sociales”<sup>81</sup>. Más recientemente, ha habido una explosión de trabajos en la nueva disciplina llamada *Neuroeconomics*<sup>82</sup>.

¿Cuáles son los campos de aplicación de la economía imperialista? Gary Becker hace un rápido repaso de algunos de los mismos en su *Nobel Lecture* de 1992<sup>83</sup>. Concretamente se detiene en los siguientes: la discriminación contra las minorías, el crimen, el denominado “capital humano” (educación, habilidades y conocimientos) y la familia. A estos temas hay que agregar tres importantes, la política, el derecho y la religión. Son estos últimos cinco los análisis que han tenido más influencia.

La teoría del capital humano comienza con el supuesto de que la gente decide sobre su educación y conocimiento sopesando los costos y beneficios. Se han calculado las tasas social y privada de retorno de las inversiones en diversos niveles de educación de hombres, mujeres, negros y otros grupos; se han hecho correlaciones entre años de escuela e ingresos; se ha distinguido entre educación general y específica y analizado el efecto de una y otra en

---

<sup>80</sup> Leda Cosmides y John Tooby, “Better than Rational: Evolutionary Psychology and the Invisible Hand”, *American Economic Review*, 84, 2, 1994, p. 328.

<sup>81</sup> Hirshleifer, op. cit., p. 66.

<sup>82</sup> Cf. una evaluación reciente en la revista *Economics and Philosophy* 24, 2008.

<sup>83</sup> Gary Becker, “Nobel Lecture: The Economic Way of Looking at Behavior”, *Journal of Political Economy*, 101/31, 1993, pp. 385-409.

el rendimiento económico. Los estudios son innumerables y han dado lugar a cambios en las políticas educativas estatales y privadas guiados por un objetivo optimizador cuantificable. Aunque se debe reconocer que muchas veces estas medidas tienen fundamento y son saludables, también se debe señalar que pueden llegar a desnaturalizar el sentido de la educación. El estudio fundador es *Human Capital* de Becker<sup>84</sup>.

En cuanto a la economía de la familia, también son claves los trabajos de Becker, sintetizados en su libro *A Treatise on the Family*<sup>85</sup>. Según él, éste ha constituido el esfuerzo intelectual sostenido más difícil que ha encarado en su vida<sup>86</sup>. Encuentra explicaciones económicas a la formación, disolución y estructura de las familias. El punto de partida es el supuesto de que cuando la gente decide casarse, tener hijos o divorciarse, está tratando de aumentar su bienestar por una comparación de beneficios y costos. Cuando alguien se pone de novio, podría pensar que se está enamorando, pero en realidad está comenzando una negociación de intercambio de servicios sexuales, tareas domésticas, etc. hasta acordar el contrato matrimonial.

Ya se mencionó, con Boulding, a Anthony Downs en relación al análisis económico de la política. Downs se ha centrado sobre todo en una primera línea de investigación: la aplicación de herramientas económicas para explicar las conductas de los políticos. En *An Economic Theory of Democracy* aborda a los políticos como agentes que tratan de maximizar sus votos, de un modo análogo al de los empresarios respecto a sus negocios<sup>87</sup>. En *Inside Bureaucracy* estudia a los burócratas que actúan por interés propio<sup>88</sup>.

---

<sup>84</sup> Gary Becker, *Human Capital*, Columbia University Press, 1964.

<sup>85</sup> Gary Becker, *A Treatise on the Family*, Harvard University Press, 1981.

<sup>86</sup> Cf. *ídem*, p. 395.

<sup>87</sup> Anthony Downs, *An Economic Theory of Democracy*, Harper and Bros, New York, 1957.

<sup>88</sup> Anthony Downs, *Inside Bureaucracy*, Little, Brown, Boston, 1967.

También se debe mencionar a Gordon Tullock con *The Politics of Bureaucracy*<sup>89</sup>.

Una segunda línea más general es la consideración del fenómeno político global desde la conducta de los votantes. En relación a ésta el personaje principal es James Buchanan, fundador de la Escuela de la Elección Pública (*Public Choice School*). Dennis Mueller, uno de los teóricos de la Escuela ha definido su cometido simplemente como “la aplicación de la ciencia económica a la ciencia política”<sup>90</sup>. Buchanan ha trabajado junto a Tullock en esta tarea. Han construido, en expresión de Buchanan, “una teoría económica de la constitución política”<sup>91</sup>. “La elección pública, dice Buchanan es una perspectiva acerca de la política que surge de la extensión y aplicación de las herramientas y métodos del economista a las decisiones colectivas”<sup>92</sup>. “La perspectiva constitucional, afirma luego, emerge naturalmente del paradigma o programa de investigación de la política como intercambio”<sup>93</sup>. Le llama constitucional porque los resultados principales del intercambio de conductas individuales relacionadas con decisiones públicas son reglas y acuerdos constitucionales. Esta conclusión supone un marco de legitimación política bien determinado. “La economía política, dice Buchanan, tal como ha sido concebida por el paradigma constitucional contractualista, ofrece una estructura coherente para analizar las interacciones de las personas. Permite la generalización y extensión del modelo de interacción de mercado a las instituciones más comprensivas de la política y el gobierno”<sup>94</sup>.

---

<sup>89</sup> Gordon Tullock, *The Politics of Bureaucracy*, Public Affairs Press, Washington, 1965.

<sup>90</sup> *Public Choice II*, Cambridge University Press, Cambridge, 1989, p. 1.

<sup>91</sup> James Buchanan, *What Should Economists Do?*, Liberty Press, Indianapolis, 1979, p. 154.

<sup>92</sup> James Buchanan, *Essays on the Political Economy*, University of Hawaii Press, Honolulu, 1989, p. 13

<sup>93</sup> *Ídem*, p. 18.

<sup>94</sup> James Buchanan, “Political Economy and Social Philosophy”, en Peter Koslowski (ed.), *Economics and Philosophy*, J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), Tübingen, 1985, p. 32.

En cuanto al análisis económico del Derecho, la figura más destacada es Richard Posner, Juez en la Corte de Apelaciones de Chicago, que ha influido con sus ideas en varios jueces de la Corte Suprema de los Estados Unidos. Con Posner la maximización de la riqueza en la sociedad se convierte en el criterio de justicia. “La ley común, dice Posner, es comprendida mejor (...) como un mecanismo de precios diseñado para alcanzar una distribución eficiente de los recursos.” Ésta y la próxima cita provienen de la Conferencia Inaugural de la Reunión Anual de la *American Economic Society*, encargada a Posner en 1987. Lo que sucede, afirma Posner, es que “la gente se comporta como maximizadora de sus propias satisfacciones en sus decisiones fuera del mercado, tales como casarse o divorciarse, cometer o evitar crímenes, (...) [etc.]”<sup>95</sup>. La ley impone precios a estas actividades. Por eso, para evitar que la fijación de “reglas-precios” no sea contraproducente, se requiere una teoría económica del derecho.

Estos análisis no sólo reflejan la realidad de una *economización* de la política y el derecho, sino que también contribuyen a moldear esa realidad brindándole un marco teórico legitimador. En efecto, la economía se va constituyendo en el punto de vista universal. Sólo queda reseñar la constitución de la religión en economía.

Laurence R. Iannaccone, ha hecho una breve reseña de los avances de esta rama de la economía relativamente joven: la economía de la religión<sup>96</sup>. El trabajo “fundador” es de Corry Azzi y Ronald Ehrenberg<sup>97</sup>. Luego se han multiplicado los estudios de esta sub-disciplina. Vistos los datos estadísticos del crecimiento de las religiones, estos economistas piensan que no se puede pen-

---

<sup>95</sup> Richard Posner, “The Law and Economics Movement”, *American Economic Review*, 77/2, 1987, p. 5.

<sup>96</sup> Laurence Iannaccone, “Introduction to the Economics of Religion”, *Journal of Economic Literature*, XXXVI, 1998, pp. 1465-96.

<sup>97</sup> Corry Azzi y Ronald Ehrenberg, “Household Allocation of Time and Church Attendance”, *Journal of Political Economy*, 83/1, 1975, pp. 27-56.

sar simplemente que estamos frente a un fenómeno irracional que desaparecerá con la difusión de la cultura. Se ha de buscar una lógica de la religión y el mejor modo de encontrarla es acudiendo a la lógica universal de la acción humana, la economía. Surge entonces el concepto de “utilidad *post-mortem*”. En el modelo de Azzi y Ehrenberg los individuos distribuyen su tiempo y riqueza invirtiendo en bienes seculares y religiosos de modo de maximizar las utilidades de esta vida y la futura. Otro concepto que explica muchos fenómenos religiosos es el de “capital humano religioso”, un *stock* de experiencia religiosa acumulada que incide en las conductas presentes y futuras. También hay “mercados religiosos”: cuando hay diversos credos en pugna aumentan la piedad, la frecuencia de oración, la fe en Dios<sup>98</sup>. Se llegan a plantear las ventajas de una desregulación.

En suma, en esta tercera etapa, la economía ya independiente de la política, considera que su lógica es universalmente aplicable a la acción humana, incluida, por supuesto, la misma política. Volvemos a una convergencia de racionalidades, pero obrada mediante una absorción reductivista de la racionalidad práctica y política por la racionalidad técnica o instrumental, un concepto unívoco y limitado. La única racionalidad que de hecho rige es una racionalidad encomendada respecto a los medios, agnóstica respecto a los fines. Habiendo cubierto las tres etapas que se anunciaron en la Introducción de este trabajo, debemos pasar a la conclusión.

#### **IV. Un análisis semántico**

Sin embargo, antes de llegar al punto final de este trabajo, sugiero realizar un análisis semántico de los términos involucrados en esta discusión, i.e., economía y ciencia económica, para

---

<sup>98</sup> Cfr. Iannaccone, op. cit., p. 1486.

determinar qué definición de economía, determinada por el campo o por la disciplina, es la más adecuada desde este punto de vista.

Según el criterio semántico de Aristóteles, “hay que denominar los objetos con el mismo vocabulario que la mayoría” (*Tópicos* II, 2, 110a 16-17). Como lo ha expresado Ludwig Wittgenstein, relacionando la semántica y la pragmática, “el significado de una palabra es su uso en el lenguaje” (“the meaning of a word is its use in the language”, & 43)<sup>99</sup>. A pesar de que el lenguaje ordinario pueda suplementarse e incluso superarse mediante el lenguaje técnico, es la *primera* palabra, como J. L. Austin ha afirmado (1970: 185)<sup>100</sup>. Nadie niega la legitimidad y utilidad de la terminología científica, pero su objeto, al menos, debería coincidir con la realidad significada en el lenguaje ordinario.<sup>101</sup> Es natural que la sociología trate acerca de la sociedad, la psicología de la psiquis y la ciencia económica de la economía, tratando de significar las cosas que la gente considera que son la sociedad, la psiquis o la economía. Marshall aconseja usar los términos que entiende la gente: “Sus razonamientos [los del economista] han de ser expresados en un lenguaje inteligible al público en general y deben, por tanto, tratar de adaptarse a los términos familiares de la vida cotidiana y usarlos, en la medida de lo posible, tal como se emplean comúnmente”<sup>102</sup>.

Robbins, sin embargo, ha sostenido: “A menudo se afirma que las definiciones científicas de las palabras empleadas, tanto en el lenguaje ordinario como en el análisis científico, no debieran

<sup>99</sup> Wittgenstein, Ludwig, 1958. *Philosophical Investigations*, trad. de Elizabeth Anscombe, segunda edición, Blackwell: Oxford, p. 20e.

<sup>100</sup> Austin, J. L., 1970. *Philosophical Papers*, Second edition, edited by J. O. Urmson and G. J. Warnock, Oxford University Press, Londres, Oxford, Nueva York, p. 185.

<sup>101</sup> Como ha sugerido Josef Pieper (“El filosofar y el lenguaje”, *Anuario Filosófico*, 21/1: 73-84. 1998, p. 73), aunque es posible y legítimo usar términos técnicos con significados específicos, deberíamos desconfiar de toda determinación conceptual que se aparte con originalidad del uso común del lenguaje de la gente culta.

<sup>102</sup> Op. Cit., p. 45.

diferir del uso diario de esas palabras. Sin duda es un consejo muy bueno y en principio debe ser aceptado. Es cierto que se crea una gran confusión cuando una palabra se usa en un sentido dentro de la práctica de los negocios, y en otro en el análisis de esa práctica (...) Pero una cosa es seguir el uso ordinario cuando se adopta un término y otra pretender que el lenguaje ordinario es la corte suprema de apelación cuando se define una ciencia, pues, en este caso, el sentido importante de la palabra *es* el objeto de las generalizaciones de la ciencia”<sup>103</sup>.

Este es el argumento de Robbins para apartarse de las definiciones de economía de Cannan, Marshall y Pareto, y para acuñar su definición determinada por la disciplina de una economía naturalista. La ciencia económica, sin embargo, siguiendo las recomendaciones de Aristóteles, Wittgenstein y Austin, debería ocuparse de la realidad significada por las palabras correspondientes<sup>104</sup>.

Hay una “familia” de palabras relacionadas con la ciencia económica. Tenemos el sustantivo “economía”, el adjetivo “económico” y el adverbio “económicamente”. También la ciencia correspondiente, “ciencia económica”. Al decir “economía” solemos referirnos al sistema o conjunto de interacciones económicas de una sociedad. También hablamos de la economía de una persona o una firma: “mi economía/la economía de la empresa no anda todo lo bien que me gustaría”. Estas interacciones económicas pueden ser realizadas económicamente, i.e., “con un uso eficiente de los ingresos y de la riqueza” (Diccionario Webster, 1996, p. 618) o no económicamente, tirando o prestando menos atención a los recursos. En cuanto al adjetivo, “económico”, se usa también para denotar decisiones o acciones realizadas tanto económica como

---

<sup>103</sup>Op. Cit., pp. 45 y 25-26.

<sup>104</sup>Keynes afirma en una carta a Roy Harrod: “en contra de Robbins, la ciencia económica es esencialmente una ciencia moral y no una ciencia natural. Es decir, emplea la introspección y los juicios de valor” (*The General Theory and After: Part II. Defence and Development, The Collected Writings of John Maynard Keynes*, Volumen XIV, MacMillan, Londres, 1973, p.: 297).

no económicamente. Es decir, hay un sentido amplio (no necesariamente eficiente) y otro estrecho (eficiente) de economía y de lo económico. Una decisión o acción económica (en sentido amplio) podría ser no económica (en sentido estrecho).

En cuanto a la ciencia económica, por una parte, en sus tareas descriptivas, explicativas y predictivas, si quiere ocuparse de la economía real, debería tratar acerca de ambos tipos de interacciones, las realizadas económica y no-económicamente porque esto es lo que tenemos en la realidad. Por otra parte, la ciencia económica, en su tarea normativa probablemente debería proponer actuar económicamente.

Independientemente de cuán clarificadoras sean, estas consideraciones pueden resultar insuficientes puesto que definen mediante el mismo objeto definido. Por eso deberíamos profundizar en el significado de los términos. Comencemos por “económicamente”: “con un uso eficiente de los ingresos y de la riqueza”, como señala el Webster, es suficientemente claro. En la ciencia económica esta eficiencia se expresa con la palabra “maximización”<sup>105</sup>.

Sin embargo, ¿son todas las acciones económicas acciones maximizadoras? La respuesta es negativa porque si lo fueran no necesitaríamos la misma especificación de “maximizadora”. Harvey Leibenstein ha sostenido con agudeza: “El problema puede ser parcialmente semántico. Depende en gran parte en cómo interpretemos la palabra utilidad. Se podría interpretar de tal modo que toda conducta quede subsumida bajo alguna versión de la maximización de la utilidad. Pero esto extraería de los conceptos de utilidad y maximización su significado real. Si se supone que hacemos algo que tiene cierto nivel de especificidad, debe haber algo diverso que no cae en el criterio del primer tipo de acción. Dicho de otro modo, la idea de maximización de la utilidad debe

---

<sup>105</sup>Ver por ejemplo Samuelson, *Foundations of Economic Analysis*, Atheneum, New York, 1965, pp. 76 y 97 y ss..



contener la posibilidad de elección de una opción no maximizadora de la utilidad”<sup>106</sup>.

Si las acciones maximizadas no corresponden estrictamente a las acciones económicas esto deja espacio a acciones económicas no eficientes. Esto es obvio: en la vida diaria se dan muchas acciones económicas no eficientes. Es decir, existen montones de acciones económicas no eficientes. Como lo expresa Keynes en un pasaje muy conocido, las decisiones humanas no pueden basarse sólo en el cálculo matemático estricto de la alternativa mejor, puesto que a veces no existe una base para hacer esos cálculos. Además, existe un impulso innato hacia la actividad basado en algunos cálculos, pero también el capricho, el sentimiento, el azar<sup>107</sup>. En una carta a Hugh Townshend, añade: “Para evitar caer en la situación del asno de Buridán, caemos, por tanto necesariamente, en motivos de otro tipo, que no son ‘racionales’ en el sentido de basarse en la evaluación de las consecuencias, sino que se deciden por el hábito, instinto, preferencia, deseo, voluntad, etc.”<sup>108</sup>.

Además del interés por la eficiencia, los seres humanos tenemos una condición biológica, propensiones psicológicas, sufrimos presiones sociales, tenemos una historia de vida con todas sus influencias y rutinas. Quizás sirva una anécdota personal. Hace unos días con un amigo y colega del IAE –que también es vecino– fuimos juntos a la Universidad en un solo auto para ahorrar dinero. Conversamos acerca de un reciente cambio de autos que hicimos. Los dos estábamos convencidos de que habíamos hecho la elección correcta. Pero finalmente confesamos que en realidad nuestras decisiones no habían sido completamente racionales pues habíamos hecho caso a varios caprichos personales acerca de los

---

<sup>106</sup> *Beyond Economic Man*, Harvard University Press: Cambridge (Mass.), p. 8.

<sup>107</sup> Keynes, John Maynard, *The General Theory of Employment, Interest and Money*, MacMillan, Londres, 1936, p. 163.

<sup>108</sup> *The General Theory and After. A Supplement. The Collected Writings of John Maynard Keynes*, Volume XXIX, MacMillan, Londres, p. 294.

autos. Es verdad, muchos amores interfieren en la decisión de compra de un auto y de varias cosas más.

La primera reacción del economista convencional será decir que su mapa de preferencias no corresponde con los precios monetarios y que su decisión habrá sido maximizadora de sus preferencias a pesar de que el negocio parezca malo. Pero esto no corresponde en cambio al modo habitual de expresarnos: ¿qué tipo de maximización es hacer malos negocios? A los economistas les costará mucho evitar esta falacia de ambigüedad consistente en identificar maximización y racionalidad y racionalidad con acción intencional<sup>109</sup>. Como afirma Drakopoulos, para la economía ortodoxa la racionalidad equivale a optimización limitada (maximización o minimización) y el concepto de racionalidad es visto como un principio general, el principio universal de toda acción intencional<sup>110</sup>. Esta confusión de términos tiene su explicación. Después de Hume, como ya se ha mencionado, la racionalidad práctica ha quedado reducida a racionalidad instrumental<sup>111</sup> y existe una tendencia *psicológica* –aunque no una implicación lógica– a considerar la racionalidad instrumental como maximización<sup>112</sup>. Leibenstein llama “tautológica” a esta interpretación de la maximización pues no deja lugar a la falsación<sup>113</sup>. Como afirma Coase, “decir que la gente maximiza la utilidad no nos dice nada acerca

---

<sup>109</sup>Sobre la falacia de ambigüedad, ver Copi y Cohen, *Introduction to Logic*, Prentice-Hall, Nueva Jersey, 1998, Capítulo 6.4, 1998, 191ss.

<sup>110</sup>*Values and Economic Theory. The Case of Hedonism*, Avebury, Aldershot, 1991, p. 164. Ver también Mises, Ludwig von, [1949] 1998. *Human Action. A Treatise on Economics*, Ludwig von Mises Institute, Auburn, Alabama (The Scholar's Edition), p. 39.

<sup>111</sup>Cfr. Zafirovski, Milan, 2003. “Human Rational Behavior and Economic Rationality”, en *Electronic Journal of Sociology* (2003) ISSN: 1198 3655, [http://www.sociology.org/content/vol7.2/02\\_zafirovski.html](http://www.sociology.org/content/vol7.2/02_zafirovski.html) y Boudon, Raymond, 2004. “Théorie du choix rationnel, théorie de la rationalité limitée ou individualisme méthodologique: que choisir?”, *Journal des Economistes et des Etudes Humaines*, 14/1, pp. 45-62, p. 57.

<sup>112</sup>Boudon, op. cit., p. 47.

<sup>113</sup>Leibenstein, Harvey, 1982. “On Bull’s-Eye: Painting Economics”, *Journal of Pos-Keynesian Economics*, 4/3: 460-465, p. 461.

de por qué realizan actividades económicas”<sup>114</sup>. Leibenstein añade que la teoría de la maximización es matemática, no economía, y que el postulado de la conducta maximizadora universal de los agentes económicos debería ser reemplazado por la idea de la respuesta relativa al peso de la motivación<sup>115</sup>.

Así, la llamada “racionalidad económica” sería a lo sumo una parte de la racionalidad de las acciones económicas. Volviendo al análisis de los términos, el modo correcto de llamar a lo que se intenta significar con la expresión “racionalidad económica” sería más bien “racionalidad de actuar económicamente”. La racionalidad económica real es una mezcla de racionalidades tales como la mencionada “racionalidad de actuar económicamente”, más las racionalidades sociológica, histórica, psicológica, afectiva o emocional, biológica (incluyendo la neurológica), y ética. Afortunadamente, hoy día la ciencia económica está reconociendo lentamente todas estas racionalidades en las acciones económicas. Si la ciencia económica pretende describir, explicar y predecir las acciones económicas se deberían tener en cuenta.

¿Cuál es entonces el papel de la vieja racionalidad económica o “racionalidad de actuar económicamente”? A lo sumo explica o predice una parte de los hechos y puede tener una tarea normativa, la tarea de indicar cuál es el modo más efectivo de hacer las cosas. Con la restricción que se expondrá en la próxima sección.

Si la acción económica no es necesariamente la más eficiente, ¿cuál es entonces el significado de lo económico? La primera acepción que figura en el Webster’s Dictionary para este término es “pertenciente a la producción, distribución y uso del ingreso, la riqueza y los bienes (*commodities*)” (618). No añade el adjetivo “eficiente”. Cuando voy al supermercado no sé si hice la compra más eficiente. Tengo mi lista de necesidades y trato de cubrirlas.

---

<sup>114</sup>Op. cit., p. 208.

<sup>115</sup>Op. cit., p. 464.

Puede o no haber eficiencia. Sin embargo, ¿quién diría que hacer compras en el supermercado no es una acción económica? ¿Negaría alguien que la decisión de comprar un auto, independientemente de la lógica de la compra, es una decisión económica? Y nadie mencionó la escasez, utilidad, valor o maximización.

La definición del Webster, sin embargo, es descriptiva. Tratemos de ofrecer una definición más esencial, comenzando con una caracterización de los hechos económicos. “Lo económico” es una parte de la realidad humana; pero una parte que revela rasgos esenciales del ser humano: material y espiritual, necesitado, inmerso en el tiempo y limitado; al mismo tiempo racional, reflexivo, social, libre y abierto al futuro. Los seres humanos comparten con otros animales algunas necesidades básicas y las limitaciones impuestas por su materialidad. Sin embargo, no hablamos de una economía animal, sino de la supervivencia de los animales. Las personas humanas satisfacemos nuestras necesidades, tanto las estrictamente necesarias como las superfluas, de un modo “humano”, que incluye el hacerlo “económicamente”. La misma posibilidad de considerar la existencia de algo superfluo revela la condición espiritual humana. “Utilidad” es un concepto humano. Los animales pueden sentir placer, pero no utilidad. La utilidad implica racionalidad, está en un “nivel mental superior”<sup>116</sup>. Dada la condición material humana, la actividad humana espiritual también está mediada por lo material. Por eso la economía es el conjunto de las decisiones y acciones dirigidas a la satisfacción de las necesidades humanas mediadas por medios materiales<sup>117</sup>. Dentro de este conjunto, encontramos economías de subsistencia, de trueque, de mercado y monetarias. Decidir o realizar esas acciones económicamente significa, dadas la racionalidad y la liber-

---

<sup>116</sup>Cfr. Spranger, Eduard, 1928. *Types of Men: The Psychology and Ethics of Personality*, trad. por Paul John William Pigors, Max Niemeyer Verlag, Halle (Saale) (*Die Lebensformen*. Niemeyer: Halle (Saale), 1914), p. 130.

<sup>117</sup>Op. cit., p. 23. Medios materiales en un sentido amplio que incluye medios monetarios.

tad humanas, tratar de hacerlo eficientemente, previendo el futuro, teniendo en cuenta la escasez y en el marco de la sociedad. Por eso la maximización es sólo un “piso” de la racionalidad económica: actuar económicamente significa actuar maximizando, pero no sólo maximizando. Puede haber consideraciones que incluso vayan en contra de la maximización en un acto económico.

En resumen, atendiendo al criterio semántico, la definición más apropiada de economía es la definición por el campo. Ello no quita que se puedan considerar dentro del espectro del campo económico, acciones realizadas económica o no económicamente. De modo tal que la definición por la disciplina abarca un sub-conjunto de la economía, siempre que se limite al campo de lo económico.

## V. Conclusión

El proceso de transformación de la ciencia económica determinada por el campo a una determinada por la disciplina es muy bien descrito por Coase. Para él se pueden observar dos tendencias en operación: “La primera consiste en un ensanchamiento de los límites de los intereses de los economistas en relación al objeto de estudio. La segunda es un estrechamiento del interés profesional hacia un análisis más formal, técnico, comúnmente matemático. Este análisis más formal tiende a poseer una mayor generalidad. Puede decir menos, o dejar mucho por decir, acerca del sistema económico, pero, a causa de su generalidad, resulta aplicable a todos los sistemas sociales (...) la ciencia económica se transforma en el estudio de toda conducta humana intencional y su ámbito es, por tanto, coincidente con el de todas las ciencias sociales”<sup>118</sup>.

Dada esta situación podemos preguntarnos si esta tendencia mejora realmente a la ciencia económica; o si la ciencia económi-

---

<sup>118</sup>Ronald H. Coase, op. cit. p. 207.

ca se está transformando en otro tipo de ciencia. Coase piensa que esta doble tendencia es errónea. Sostiene que la ciencia económica debería estudiar las otras ciencias sociales para entender mejor el funcionamiento del sistema económico, en vez de tratar de imponer su lógica a esas ciencias sociales<sup>119</sup>. Es la idea de Phelps Brown: “Los estudios de los economistas deberían estar determinados por el campo no por la disciplina”<sup>120</sup>. Paradójicamente las imposiciones epistemológicas a veces confunden a las ciencias.

Mi visión coincide con la de Coase y Phelps Brown. Pienso que se debe abogar por una dilatación del interés de la economía, pero no en el sentido de una dilatación del campo y de la focalización de la perspectiva, sino de una concentración en el campo propiamente económico y una ampliación de la perspectiva que lleve a considerar racionalidades diversas de la económica estándar que inciden en el hecho económico. De algún modo, se está dando recientemente algo de este cambio, que convive con una profundización de las dos tendencias señaladas. Me refiero, por ejemplo, a la atención a la psicología por parte de la corriente de “behavioral economics” y a la neurología por parte de la “neuroeconomics”.

No basta con una vuelta de la racionalidad instrumental maximizadora a la racionalidad instrumental “a secas”. Esta racionalidad ya ha sido adaptada por el resto de las ciencias sociales y resulta insuficiente para explicar los hechos humanos. Como dice Boudon, “de modo general, la ecuación que asimila racionalidad con racionalidad instrumental es tan influyente que la inmensa literatura sobre la racionalidad producida por las ciencias sociales trata casi exclusivamente de la racionalidad *instrumental*. Dicho de otro modo, las ciencias sociales tienden a admitir que la noción de racionalidad se aplica a la adecuación entre medios y fines, acciones y objetivos o entre acciones y preferencias. A todo lo

---

<sup>119</sup>Coase, *idem*, p. 211.

<sup>120</sup>Phelps Brown, *op. cit.*, 1972, p. 7.

más que se contentan es a reconocer que la racionalidad puede tomar también la forma de exigencia de coherencia o transitividad de los objetivos o de las preferencias. Pero se niegan a aplicar la categoría de racionalidad a los contenidos de las preferencias y objetivos”<sup>121</sup>. Ahora bien, este procedimiento no es adecuado al objeto de estudio de las ciencias sociales. Como dice Milan Zafirovski, “una forma particular de racionalidad, *videlicet* instrumental, utilitaria, egotista o hedonista es fundida con el comportamiento racional como un todo (...) El procedimiento de disolución comete la que puede denominarse falacia de abstracción o generalidad inapropiada, porque iguala ilegítimamente la particularidad de un componente, la racionalidad instrumental, con la universalidad del todo, el comportamiento racional<sup>122</sup>”. Es decir, esto no es apropiado ni para la economía, ni para ninguna de las ciencias sociales.

La economía, como la política, es una ciencia prudencial que ha de tener en cuenta factores institucionales, culturales y morales aparte de los técnicos. Debe incorporar racionalidades diversas de la instrumental. En cambio, la aplicación universal del punto de vista económico para la explicación de toda conducta humana no responde a la realidad del hombre y conduce a un rebajamiento de su condición. En este sentido, parece deseable una vuelta a la égida de la política, entendida en el sentido de ciencia del bien humano.

Una objeción que se podría hacer es que bastaría con que la economía fuera una buena técnica, que hiciera un buen trabajo de adaptación de medios a los fines que le señale la política. Pero este razonamiento supone una concepción incompleta del acto humano. En efecto, un acto que no considera los fines, es un acto truncado.

---

<sup>121</sup> Raymond Boudon, “Théorie du choix rationnel, théorie de la rationalité limitée ou individualisme méthodologique: que choisir?”, en *Journal des Economistes et des Etudes Humaines*, 14/1, 2004, pp. 45-62; cf. p. 57.

<sup>122</sup> Op. cit., pp. 4 y 5.

Más aún, sin fin no hay acto.<sup>123</sup> Como señala agudamente el viejo economista Frank Knight, los fines dados, no son fines; los fines se redefinen en el curso de la misma acción.<sup>124</sup> Es decir, en el acto económico no sólo se da una adaptación de medios a fines, sino, y más a menudo, una adaptación de fines a medios. Como bien ve Hannah Arendt, el *homo economicus* es más “actuante” que productor y el intercambio pertenece más al campo de la acción que al instrumental<sup>125</sup>. Ergo, el economista no puede ser sólo un técnico. Tiene que tener la capacidad de entender y discriminar entre fines. Tiene que tener los criterios políticos acerca de los fines firmemente incorporados. Lionel Robbins, el mismo que definió tan estrecha (en cuanto a la racionalidad) y ampliamente (en cuanto al campo) a la economía, advirtió esto muchos años después y recomendó:<sup>126</sup> “debemos estar preparados para estudiar no sólo los principios económicos y la economía aplicada; debemos estar preparados para estudiar también muchas otras disciplinas. Debemos estudiar filosofía política. Debemos estudiar administración pública. Debemos estudiar derecho. Debemos estudiar historia, la cual, aunque no da reglas para la acción, dilata nuestro espectro de posibilidades. Debería afirmar, además, que también debemos estudiar las obras clásicas de la literatura, preciosa herencia en la que se expresan las mejores experiencias y aspiraciones de la raza; un hombre puede aprender más cosas relevantes al estudio de la sociedad de los grandes dramaturgos y novelistas que de cien li-

---

<sup>123</sup>Profundizo esta cuestión en mi trabajo “‘Practical Comparability’ and Ends in Economics”, *Journal of Economic Methodology*, 14/3, 2007, pp. 371-93.

<sup>124</sup>Frank H. Knight, *On the History and Method of Economics*, University of Chicago Press, 1956, pp. 128-129.

<sup>125</sup>Cf. Arendt, Hannah, *La condición humana*, Paidós, Barcelona – Buenos Aires (*The Human Condition*, The University of Chicago Press, Chicago, 1958, trad. Ramón Gil Novales), 1993, pp. 209 y 232.

<sup>126</sup>Robbins tuvo a cargo, en su carácter de *Chairman* del *Board of Studies in Economics* de la *London School of Economics and Political Science*, el estudio de la reforma de los planes de la carrera de economía.



bros de psicología, por más valiosos que ellos sean a veces”<sup>127</sup>. En su discurso presidencial a la *Royal Economic Society* también se refirió a este tema<sup>128</sup>. Allí señaló la necesidad de estudiar, además de los principios y la historia económica, “complemento esencial –ésta última– de la ciencia económica en todos los niveles”, la política –organización política e historia del pensamiento político–, y la historia como marco de la historia económica y de la política<sup>129</sup>. Se queja del excesivo especialismo, y opina que sólo se debería estudiar economía en una segunda etapa, luego de una cierta experiencia de la vida: “hay una marcada diferencia entre la enseñanza de estudios sociales a jóvenes recién egresados del colegio y aquellos que han tenido dos años de servicio en las Fuerzas Armadas; tanto como la que hay entre los estudiantes diurnos, sin conocimiento de mundo, y los del turno noche, que vienen de la calle”<sup>130</sup>.

Esto no significa que el economista se independice del político, sino al contrario, que trabaje en estrecha relación con él. El economista debe volver a considerar que su ciencia es más que una técnica, una ciencia moral y política. A su vez el político debe entender que los medios son limitados y que no todo es posible. Necesitamos en suma, un político con formación económica y un economista con formación política, que manejen lenguajes y criterios comunicables y que acuerden objetivos. Parece un ideal utópico, quizás lo sea. Pero a la luz de la evolución de las ideas, no puedo dejar de proponerlo.

---

<sup>127</sup>Lionel Robbins, “The Economist in the Twentieth Century”, *Economica* (recogido en el libro homónimo, Mac Millan, London, 1956), 1949, p. 17.

<sup>128</sup>Lionel Robbins, “The Teaching of Economics in Schools and Universities”, en *The Economic Journal*, LXV, 1955, pp. 579-593.

<sup>129</sup>Ídem, pp. 586-7.

<sup>130</sup>Ídem, pp. 582-3.